

# *Unamuno en su Tierra*

Nicolás Ormaechea

Ningun profeta es aceptado en su Patria, como dice el Evangelio, y D. Miguel de Unamuno confirma plenamente esta sentencia del divino Maestro. Conociendo y reconociendo sus grandes cualidades de talento y saber, y los éxitos que ha tenido como escritor, el de más garbo y brío y de pensamiento más original entre todos los de su generación, sin embargo, entre lo mejor de nuestra intelectualidad se le considera como un valor en parte malogrado.

En otro ambiente mejor, con la dirección o consejo acertado de algún amigo íntimo, quizá hubiera rendido frutos mejores, si bien es muy difícil meter en vereda a un desbrujulado como él.

La falta de sindéresis suya, bien característica, la llevaba posiblemente en la sangre. Su hermano D. Félix, farmacéutico, a quien decían habersele prohibido el ejercicio de su profesión por genialidades también, era tipo muy popular en Bilbao, glorioso maniático que manoteaba como un niño cuando lo presentaban como a hermano de D. Miguel. "No, no; él es hermano mío", respondía volteando su bastón. En realidad tenía motivos, al menos aparentes, para considerarse superior a su hermano, el cual no era, como era él, lo mejor del mundo en su línea.

En cierta ocasión le ví rodeado de un grupo de periodistas entre los cuales lanzó varios gritos roncos y descompasados, como quien quiere hacer demostración de su portentosa voz. Le habían regalado un ejemplar único, impreso por ellos, de cierto programa imaginario de festejos en que decía terminantemente: "Actuará D. Félix de Unamuno, el mejor bajo del mundo".

Primo de ellos era D. Telésforo de Aranzadi y Unamuno, conocido antropólogo europeo, quien adquirió un renombre de más sólido prestigio con modestia y sentido común. Sus genialidades, que también las tenía, eran, por el contrario, de muy buen sentido; no eran "unamunadas", como solemos llamar a las excentricidades del famoso Rector de la Universidad de Salamanca.

Comenzó su actuación en público por un traspíes. Hizo oposiciones en Bilbao a la cátedra de idioma vasco, y fué derrotado. Su reacción fué bien pobre. En vez de rebelarse contra su vencedor y contra el tribunal, y demostrar prácticamente con hechos sucesivos que aun en vasco era mayor que ellos, se rebeló contra la lengua vasca, como quien muerde el palo que le ha herido, y no al que con él le ha golpeado. Y se revolvió contra sus coterráneos. A los vascos nos hubiera venido muy bien que él se hubiera empeñado en cultivar y elevar nuestro idioma, siempre perseguido. Pero adoptó una postura mucho más cómoda: denigrar a los vascos y halagar a Castilla. Su triunfo fué muy barato fuera de casa, atacando al entonces naciente separatismo. ¿Cómo no iba a ser aceptado en la anchurosa Castilla y en la universal España?

La derrota le llegó tan adentro que sus adversarios políticos le llamaban "Don Miguel el amargado". Y el amargor le duró bastantes años.

Llegó a ser profesor de griego en la Universidad de Salamanca. Aquí fué más afortunado; pero aun aquí, a pesar de su conocimiento de la lengua de Homero se dedicó a otra actividad de suyo inferior y más fácil: la literatura. Quizá tenga razón el Dr. Gárate al decir que no estaba preparado para la lingüística. No lo estaba ciertamente para el dato preciso morfológico, fonético o semántico, pero sí para investigar tesis generales, v.g. de sintaxis, que tan atrasada sigue en algunos puntos. Un filósofo, como sus admiradores han llamado a Unamuno, pudiera haber descubierto puntos de vista originales que le hiciesen célebre entre un número, si bien más reducido, más distinguido de personas. En este sentido le creemos también un malogrado.

Su cacareada rebeldía no lo fué hasta las últimas consecuencias, ni mucho menos, pues le faltó rebelarse contra la principal, contra su propia rebeldía, que es lo más glorioso, lo que forja héroes y santos. Así se explica cómo ha tenido y tiene seguidores en la juventud actual, grey vulgar que va a favor de la corriente. Y llama gregarios a los que bracean en dirección contraria, a los que no se "dejan llevar" como ellos.

Y ¿de sus inquietudes religiosas? Aquí es donde queda más pobre nuestro "filósofo". No vamos a hacer a Unamuno el honor de concederle dudas tan fieras en materia de fé como a los mayores místicos en sus últimas purificaciones pasivas, etapa previa a su perfección. Ni siquiera mayores que a los novicios o novicias de las Ordenes religiosas, que tienen más tiempo para pensar en ello que Unamuno. Al que cree es precisamente al que le vienen las dudas. El que no cree absolutamente, ¿de qué necesita preocuparse? Al que quiere aclararlas sabiendo de antemano que es imposible hacerlo, le vendrán inquietudes. Cuanto más piensa y más quiere rebelarse contra ellas, tanto más se hunde en su impotencia. Lo más filosófico, desde el punto de vista práctico, es creer o no creer. Pero como esa actitud "inquieta" le daba ante el sector que afecta incredulidad aires de hombre grande, y él se moría en busca de grandeza vana, ello le hizo estampar frases, no de impío, que nunca lo fué, sino de un casquiligero que a su incontinencia mental añade la verbal. Al llegar al santuario del misterio, hay un punto en que la fé del hombre ilustrado, del teólogo, no difiere nada de la del carbonero, pues ambos son igualmente ineptos para descifrarlo. Sino que el carbonero que trabaja de estrella a estrella, no tiene huelgo para estar pensando, y lo acepta de plano o no lo acepta. Aun

en nuestros bebederos de sidra se oyen objeciones contra el más allá, entre creyentes, naturalmente; pero el estado de duda tiene en ellos su límite, pues no van buscando morbosamente el quedarse más trabados.

¿Fué acaso más filosófica la actitud de D. Miguel? Al contrario, hace la impresión —como diríamos con una comparación muy de su tierra— de un alocado carnero que a puros topetazos pretende allanar la roca de Gibraltar.

No es querer rebajar al hombre que dominaba los autores griegos hasta el punto de que era muy difícil sorprenderle con seis renglones seguidos de ningún autor sin que lo señalase; al que sabía sostener conversaciones enteras en griego. ¿Cuántos profesores habría en Europa que tuviesen ese dominio práctico de la lengua helénica? Es querer expresar la verdad lisa y llanamente. A Unamuno le lamentamos en su tierra; no le despreciamos. Nuestro menudo País se había librado de los malos aires de Madrid y París hasta los espíritus fuertes del noventa y ocho. El filosofismo francés no dejó huella entre nosotros, sino aquella casi única que hoy aprobamos: su tendencia a las ciencias positivas. Amigos del País, Real Seminario de Vergara, Caballeritos de Azcoitia, tuvieron contacto con los prohombres franceses. Recuérdese a Altuna, Conde de Peñaflorida, que tuvo amistad íntima con J. Jacobo Rousseau; Altuna el hombre más admirado por el filósofo ginebrino por su entereza de carácter y por no dejarse impresionar por novedades.

Entre nuestra juventud actual, a través de estos escritores que han asomado al exterior, hay algunos individuos de no mucha valía que siguen respirando esos aires. Pero nuestro País sabe en general a qué atenerse en materia de ideas sorprendentes difundidas por pretendidos conductores espirituales.

Entre los escritores de lengua vasca hay un joven vascofrancés que recuerda y puede llegar a ser otro Unamuno. Es el único que conozco, pero existe, compuesto de judío, cristiano, budista, nihilista, espiritista, y otros ingredientes que forman el amasijo de su mentalidad. Escribe muy bien y será leído; pero más lamentado que admirado. Audacia, independencia, rebeldía, cuantas supuestas virtudes quieran acumular los que "se dejan llevar" de la corriente, las hallarán en él.

Frecuentemente veo reproducidos en las páginas literarias de la Prensa Centroamericana ciertos artículos de nuestro bilbaíno, que no son los que le hacen más honor. Y también leo artículos elogiosos acerca de su persona, pero sin salvedades, escogidos sin discreción. Entre otros originales uno me ha dejado recientemente la sensación de ridículo: aquel en que critica a Balmes, "filósofo del sentido común", haciendo chacota de esta virtud, él que no la tenía; un maniático que juzga a un cuerdo; un pigmeo a un gigante. Recuerdo también una poesía: "Elegía a la muerte de un perro", en la cual se debate desesperado ante el problema del más allá, él que sin embargo tiene hermosos versos religiosos.

El otro mundo!  
otro... otro y no este,  
del espíritu puro.

Oh terrible pureza,  
inanidad, vacío!  
.....  
.....

El perro pregunta al amo:

¿A dónde vamos, mi amo?  
a dónde vamos?

Miles de años hace que dió la respuesta el sabio Salomón. Y al parecer, favorable a los incrédulos. "Uno mismo es el fin del hombre y del jumento". La consecuencia es muy sencilla: si después de muertos vamos a donde va el perro, y este no tiene pena ni gloria, ¿qué ganas tan poco filosóficas de acongojarnos excitando la duda! Pero Unamuno no acababa de creer que su destino no fuese superior. A D. Miguel no le tranquilizaba la interpretación heterodoxa de ese pasaje de los Sapienciales. Y cavaba y seguía cavando en su duda, sepulcro de su pobre razón humana. Y esta enfermedad mental se pretende que sea filosofía!

Cada vez que veo reeditados escritos de Unamuno, y con honor, en las columnas de algunos periódicos americanos, me pregunto: ¿Es que también en América tiene discípulos Unamuno que intentan nivelar a testarozos la cordillera de los Andes?

San Salvador.

